

mucho ruido de caracoles y bocinas, y con bastante mala dirección; y si los cazadores que hacen el gasto son señoritos de ciudad ó *escopetas blancas*, como les llaman las *escopetas negras* ó cazadores de oficio de la localidad, el ojeo se hace con mala fe, con el fin de que no topen reses y las maten, y que queden para ellos.

Para hacer un buen ojeo es indispensable:

1.º Que vayan tantos ojeadores que en los sitios más espesos del monte se puedan ver siempre los inmediatos á derecha ó izquierda, con el objeto de que no se queden las reses encamadas ni rompan por entre los ojeadores.

2.º Los ojeadores deben marchar despacio, sin gritar ni vociferar, ni hablar entre sí más que en el tono ordinario, y de cuando en cuando golpeando las matas ó los árboles.

3.º Al colocar las escopetas en sus puestos, dando éstas la cara al viento, debe guardarse un silencio absoluto.

4.º Si el número de tiradores es suficiente, será conveniente colocar algunos detrás de los ojeadores por si algunas reses quisieran retroceder. Sus puestos serán cerca de los cambios ó pistas más usados.

5.º Los tiradores estarán á una distancia prudencial, según el grado de espesura del monte; pero si estuviesen situados sobre un camino ó raya de roza, ó en cualquier otro sitio despejado, no deben colocarse á una distancia mayor de 150 pasos, recomendándoles eficazmente que no abandonen sus puestos hasta haberse terminado el ojeo. Tampoco deben tirar hasta que las reses hayan salvado la línea de los tiradores. De este modo se evitarán seguramente algunas desgracias.

Si algunas reses rompen por el ojeo, conviene seguir sin hacerles caso, pues ellas irán á parar á los puestos de los tiradores que están detrás de los ojeadores. Si salen en dirección á los tiradores, los ojeadores seguirán despacio para que entren de buenas por la línea de fuego.

Si las reses llegan al firador huyéndose, debe éste procurar que se reparen por medio de un sonido cualquiera; bien tosiendo ó golpeando la caja de su arma, ó por medio de un silbido, en la seguridad de que lo conseguirá si no vienen muy hostigadas.

Los perros buenos ó maestros son indispensables para cobrar las reses heridas; pero no deben ir sueltos, más bien sujetos por una cadena ó cuerda, y conducidos por un cazador inteligente, que los pondrá en la pista de la res herida.

Preferibles son los perros que sólo siguen el rastro de la sangré y no hacen por las reses sanas. Con esta clase de perros se tiene la seguridad de que las reses van heridas cuando cogen la pista con avidez.

Hemos expuesto el modo como se debe ojear, no como se ojea en España. Aquí nos gustan las monterías con todo el aparato de caballos, perros y vocerío que requiere nuestro carácter aventurero, aficionado al estruendo bélico y al espectáculo extraordinario. Nuestras cacerías más asemejan batallas que diversiones. Extasiados en las peripecias de los combates parciales y en la animación que se desarrolla á nuestra vista, nos creemos trasportados á los tiempos heroicos de Cortés y de Pizarro, y nos avenimos mal con el orden y la disciplina. En nuestras monterías campea más la fuerza y el valor que el arte.





VICTOR MANUEL INDULTANDO UN GAMO FUGITIVO EN EL MEDITERRÁNEO